



RAÍCES DE LA INTOLERANCIA

PABLO LATAPÍ
UNESCO

t
Trasvase

anto en la psicología individual como, sobre todo, en la colectiva –y nos referiremos exclusivamente a ésta– la intolerancia tiene dos raíces:

Por una parte, búsqueda de seguridad y necesidad de afirmación. Toda cultura o subcultura tiende a defender lo que le da identidad; por esto puede reaccionar ante el “diferente”, ante el extranjero u “otro” con hostilidad o, al menos, con suspicacia. Puede descalificar al que no se alista a la propia cultura por sus opiniones o costumbres, ver en él un peligro y recurrir al estereotipo, al prejuicio, al estigma.

Es, pues, instintivo –como mecanismo de auto-afirmación– crear estereotipos de lo diferente, etiquetarlo para descalificarlo. Todos heredamos y creamos nuestros estereotipos del otro sexo (hombre, mujer, homosexual), del indígena, del “gringo” o del chino, etc.; por lo general sobrecargados de tonos negativos, precisamente en aquello en que se opone a nuestra manera de ser o a lo que creemos nuestra manera de ser.

La segunda raíz de la intolerancia es la tendencia a absolutizar nuestras verdades

Probablemente sea un aspecto particular de lo anterior, un mecanismo de auto-afirmación y defensa. Pero en este caso interviene la dinámica del conocimiento que, al aceptar algo como verdadero, excluye lo contrario como falso. La inteligencia –decían los antiguos– es una facultad “necesitada” o “determinada” por su objeto; si acepta algo como verdadero no puede aceptar lo contrario.

En el inmenso campo de las posibles verdades y opiniones –lo religioso, lo político, lo científico, lo artístico, todo lo que conocemos– estamos expuestos al riesgo de absolutizar nuestros conocimientos, excluyendo a los contrarios o diferentes y calificándolos como falsos. El extremo es el fanatismo al que todos estamos expuestos: consiste en identificar nuestra identidad con la totalidad del ser; de ahí, se identifican los enemigos de la propia identidad como enemigos de la totalidad del ser; mis enemigos son, entonces, los enemigos del mundo.

Trasvase

Hay una evidente tensión entre la legítima y constructiva necesidad de afirmarnos y la ilegítima y destructiva convicción de que somos superiores a los demás. Sin adentrarnos en esa zona misteriosa donde se forman nuestros valores, sin hacernos conscientes de dónde termina el instinto y comienza el acto deliberado, difícilmente podremos evitar en nosotros la intolerancia y más difícilmente ayudar a otros a educarse en la tolerancia.

Fundamentos filosóficos de los derechos humanos

Quisiera dar una respuesta a la pregunta: ¿por qué respetar los derechos de los demás? Es una manera de acercarnos a definir el porqué de la igualdad de todos los seres humanos, y el sentido y ámbito de esa igualdad. Es una manera de evitar sentirnos superiores a los demás y de evitar por tanto la intolerancia.

Las teorías que hoy se proponen van por tres vertientes diferentes: ontologistas, contractualistas y pragmáticas. Quizás las que predominan son las segundas, que explican la naturaleza de los derechos humanos por los convenios entre los Estados, en el actual estadio de la evolución del derecho (UNESCO, 1985).

Mi posición personal es diferente: me adhiero a una visión ontológica de la persona que fundamenta su especial dignidad y la constituye fin en sí misma, por lo que no puede ser convertida en medio o instrumento de nadie o de nada. Complemento esta visión filosófica con la afirmación cristiana de que todos los hombres somos hijos de Dios y, por tanto, hermanos, con origen y destino comunes y obligaciones de solidaridad y de amor que rebasan toda visión filosófica. Pero acepto, por supuesto, que existen otras maneras de fundamentar la igualdad de los hombres y la validez universal de los derechos humanos. Maritain proponía que los valores de la democracia –la “carta democrática” decía– requerían el consenso de todos, pero que cada uno, en una sociedad pluralista, debería fundamentarlos conforme a sus propias convicciones; aplicaba estas ideas al laicismo escolar.

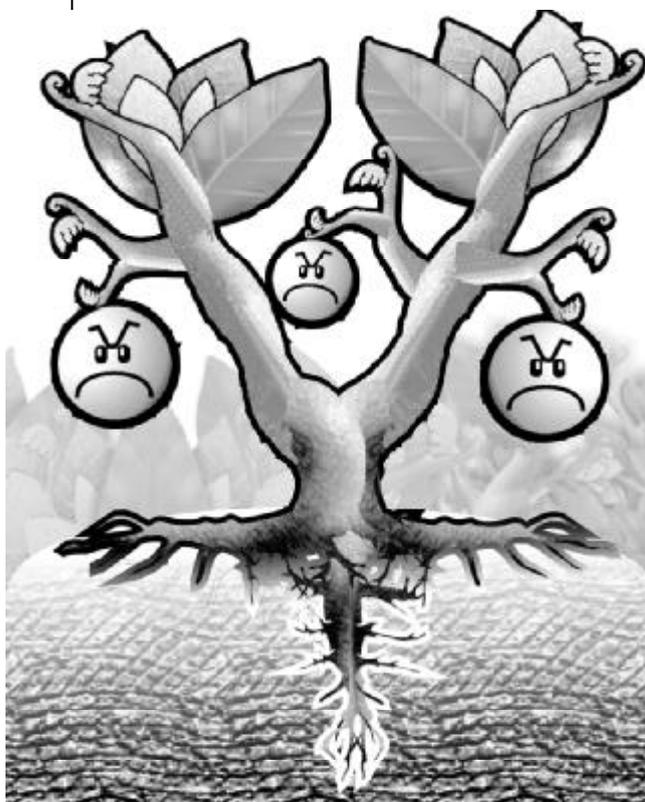
Volviendo a la problemática de la igualdad como fundamento de la tolerancia, a mí me ayuda distinguir tres zonas de “verdades”, pues creo que no se pueden tratar por igual todas las verdades que sostenemos.

Una primera zona es la de mis “opiniones”: la zona “opinativa”. Esta es muy amplia: en ella caben desde las opiniones sobre asuntos triviales (mi equipo de fútbol preferido o mis gustos musicales) hasta otras sobre algunos aspectos de la política o la economía, las visiones propias de una clase social o apreciaciones culturales obviamente relativas.

Estos juicios no pasan de ser “opiniones”, argumentables, discutibles. En esta primera zona, lo que me corresponde es revitalizar mis opiniones ante las diferentes, dialogar, tratar de enriquecerme con los puntos de vista contrarios.

La segunda zona es la de algunos valores que considero fundamentales de mi cultura, originados probablemente en la educación que recibí en mi familia en mis primeros años. En esta zona cultural caben juicios y apreciaciones para mí muy importantes en la que se involucran principios o valores, como por ejemplo, mi manera de juzgar sobre las políticas de distribución del ingreso, por cuanto en ellas está en juego el valor de la justicia; los problemas de la solidaridad internacional y de las desigualdades Norte-Sur. Este conjunto de valores y apreciaciones forman ya parte de mi visión del mundo y me son irrenunciables. Puedo y debo discutirlos, pero me resulta mucho más difícil relativizarlos.

En la tercera zona estarían mis valores absolutos,



muchos de ellos vinculados a mi fe religiosa, otros no necesariamente. Por ejemplo: la inmortalidad del hombre, la bondad de Dios, la existencia de una justicia trascendente, el valor prioritario del prójimo, etc. Entre estos juicios y los de la zona anterior hay, por supuesto, un continuum; es difícil deslindarnos. Pero prefiero distinguir ambos porque no doy necesariamente categoría de absolutos a muchos de mis valores culturales.

Mis verdades de la segunda y de la tercera zona me son irrenunciables, aunque las de la segunda no sean para mí absolutos y las de la tercera sí. No pretendo imponerlas a nadie y, por otra parte, tampoco les disminuyo el peso e importancia que para mí tienen, en aras de un pluralismo que todo lo relativizara.

Respecto a todos aquellos que sostienen verdades diferentes –propias de la zona dos y de la tres– afirmo que ellos también tienen pleno derecho de sostenerlas y expresarlas, no porque todas las verdades sean iguales, sino porque ellos tienen la misma dignidad de personas y la misma libertad de conciencia que yo. Esta actitud es muy distinta a otras dos que suelen proponerse. Una es la de decir: “Cállate tus opiniones en cuanto se opongan a las de los demás; eso es lo que exige el bien de la paz; es de mal gusto en la sociedad plural hablar de asuntos religiosos o ideológicos que te contraponen a los demás”. La otra es peor: “el pluralismo exige que relativices tus verdades; la sociedad debe ser laica y ello supone que se termine con valores pretendidamente absolutos”.

En lo personal sostengo la necesidad de valores absolutos, por una especie de dinámica existencial que no puedo cambiar y que está por encima de los condicionamientos sociales. Reclamo un arraigo, en el orden físico y psicológico, pero mucho más en el del espíritu, de la cultura y de la moral, que me dé referencia, explicación y respuesta a mis dudas consustanciales. Creo que aunque hoy se proclame que “Dios ha muerto”, renace con otros rostros y nombres en el peregrinar de las civilizaciones.

He querido enfatizar esto porque, en la cultura predominante, está de moda lo pragmático, lo provisorio; la relatividad de todo conocimiento y todo valor se erige en ideal de la postmodernidad. La ética de la situación y del resultado pretenden sustituir otras fundamentaciones de la responsabilidad y solidaridad. Y esto se proclama como rasgo de democracia, condición de una igualdad efectiva y expresión de tolerancia. No lo creo así.

Pedagogía de la convivencia

¿Cómo se puede educar para la tolerancia o, mejor, para una “convivencia solidaria”, que sería la expresión que yo preferiría?

Sugiero distinguir cuatro pasos:

El primero es trabajar en dismantelar nuestros prejuicios. Vía el análisis racional y psicológico, identificar esas barreras con que me blindo al diferente; dentro de esto está también comprender que otros tengan prejuicios contra mí y tratar de explicármelo.

El segundo paso será enfrentar al diferente mediante la comunicación y el diálogo. Ante el diferente hay dos maneras incorrectas de proceder: anularlo para afirmarme, e integrarlo a lo mío reduciéndolo a mis categorías, que es otra manera más sutil de anularlo. Lo correcto sería intentar comprenderlo como es y reconocer su propia razón.

Un tercer paso es intentar construir juntos, construir algo nuevo a partir de lo mío y de aquello que considero valioso en el diferente.

El cuarto paso es abrirnos a una actitud solidaria con el diferente, lo que implica hacer mías sus necesidades y colaborar con él en satisfacerlas.

Detrás de esos cuatro pasos hay disposiciones afectivas de creciente apertura y compromiso. Hay también valoraciones éticas de la persona del otro cada vez más profundas.

Una convivencia armoniosa supone educarnos hacia esos estadios progresivos: comprendernos mejor y respetarnos, como lo requieren los dos primeros pasos; valorarnos positivamente, como lo postula el tercero; y comprometernos unos con otros, como lo exige el cuarto.

Afirmé al principio que, en mi opinión, el concepto de tolerancia no era el más adecuado para describir la actitud que requiere la convivencia democrática. Ahora se comprenderá por qué: ese concepto no rebasa los dos primeros pasos; se queda en la comprensión y a lo más en el respeto.

Prefiero hablar de una “convivencia solidaria” que incluye el tercero y el cuarto paso: un verdadero aprecio para intentar construir juntos con lo mío y lo de los diferentes y una actitud de auténtica solidaridad. Así daríamos a la democracia un sentido positivo de interacción constructiva y de fraternidad.

Hay una evidente tensión entre la legítima y constructiva necesidad de afirmarnos y la ilegítima y destructiva convicción de que somos superiores a los demás. Sin adentrarnos en esa zona misteriosa donde se forman nuestros valores, sin hacernos conscientes de dónde termina el instinto y comienza el acto deliberado, difícilmente podremos evitar en nosotros la intolerancia y más difícilmente ayudar a otros a educarse en la tolerancia.

LA FILOSOFÍA DEL ALAMBRITO

En días pasados, cuando transitaba por una región del país, que pudo haber sido cualquiera, detuve bruscamente la marcha al reconocer como familiar una humilde vivienda, semi construida con piedras, palos y pedazos de latón provenientes de viejas vallas publicitarias. No sé como ocurrió, pero reconocí el lugar y la miserable vivienda. Estaban igual como eran cuando los conocí, treinta años atrás. Sentí un escalofrío en la espalda y me dirigí, como con indignación, hasta donde estaba uno de los habitantes de esa vivienda y le interrogué: ¿Por qué no ha cambiado nada? Ante esta sorpresiva pregunta, me contestó: “el problema es que el gobierno no nos ha dado nada, a pesar de que los actuales gobernantes ofrecieron de todo durante la pasada campaña electoral”. Esta respuesta me hirió profundamente y sentí un gran enojo. Le dije: Pero es que usted ha podido hacer tantas cosas con los materiales que le rodean, como piedras y buenos troncos, y con un pico, una pala y un martillo esta casa y este lugar estarían mejor. Él se me quedó mirando en silencio y comprendió que yo era de otro planeta.

¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué hemos domesticado nuestro cerebro hasta el límite de despreciar la calidad de la vida? ¿Tenemos que diseñar, con la urgencia del caso, una política nacional orientada a ese solo objetivo, mejorar la calidad del ciudadano!

Recordemos, por citar algunos otros ejemplos, que en las intersecciones de nuestras calles no existen semáforos peatonales ni rampas para minusválidos. Pero es que tampoco existen sanitarios públicos y cuando los hay no funcionan. Pero es que también, si se cae la abrazadera del tubo de escape, lo amarramos con un alambrito; si el automóvil tiene una fuga de aceite, le agregamos de vez en cuando la cantidad que falta; si vendemos papas, las entregamos con tierra y todo, porque, ¿para qué lavarlas?; la lechuga que compramos tiene hongos, babosas y tierra entre las hojas; si rompemos la antena del televisor, le arrebatamos la tapa a cualquier olla y la exhibiremos en el balcón como parabólica cualquiera; si la manilla de la puerta del automóvil se perdió, el chofer gritará ¡Abra por fuera y no joda!; y si entramos a una tienda, seguro que la dependiente nos preguntará con descortesía “¿va`comprá?”... Y hasta es frecuente que se inauguren los hospitales sin camas y escuelas sin pupitres.

Recordemos que con frecuencia, después que asfaltan una avenida la rompen de nuevo para colocar las cloacas y después de reasfaltada, abren de nuevo porque falta la televisión por cable o teléfono.

Esta filosofía existencial del alambrito nos ha llevado al desdén, a la pérdida de la autoestima, a aborrecer la calidad y, en consecuencia, a odiar el éxito y hasta a olvidarse del sublime placer del saber y de conocer. ¿Para qué voy a saber eso, si no es pregunta de examen?

Por estas razones aceptamos tener una democracia de mala calidad, con políticos puntofijistas que se reparten el gabinete entre los partidos concertantes del pacto; toleramos una educación que avanza por “Objetivos educacionales” y no por la experimentación, y la salud se atiende por “procedimientos” y no por el sentido común, la ciencia y el amor al enfermo. Por todo esto es que impera la violencia y la anarquía.

El reto de Venezuela es lograr incrementar la calidad del individuo por todos los medios posibles, de lo contrario, dentro de poco, el mal olor que desprendemos molestará a las naciones vecinas. Más que una vitrina de candidatos a cualquier posición de gobierno, deberíamos proponernos exigir que ellos tengan que cumplir, de llegar a la posición disputada, con un programa de recompostura nacional y con un Proyecto de Ciudadano que establezca la autoestima y la calidad humana.

*Ernesto Palacios Pru
Profesor de la Universidad de Los Andes. 1998*